



Narrar la historia desde otro lugar. Sobre *El tren de la victoria*, y el relato de los hermano

Telling the Story from Another Place. About *El tren de la victoria*, and the Story of the Brothers

Susana Rosano¹²

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades
Universidad Nacional de Rosario
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
susana.rosano@gmail.com

Resumen: *El tren de la victoria*, de Cristina Zuker, lleva por subtítulo precisamente “Una saga familiar” y puede ser leído como una intervención potente en la esfera pública que pretende construir otro archivo en relación con la vida y muerte de su hermano Ricardo, conocido por su nombre de guerra montonero como el Pato. El objetivo de este artículo es indagar en las representaciones que los hermanos tienen acerca de la militancia de la década del 70. La pregunta que nos interpela es si se puede hablar en su caso de una mirada diferencial en el registro de lo que Elizabeth Jelin ha llamado el familismo en las luchas por la legitimidad de la palabra. ¿Es posible desde el lugar de los hermanos deconstruir el archivo que han venido cimentando en Argentina los organismos de derechos humanos y las memorias de la militancia, para ofrecer un conocimiento nuevo?

Palabras clave: Dictadura – Archivo – Memoria – Hermanos

Abstract: *El tren de la victoria*, by Cristina Zuker, has precisely the subtitle “A Family Saga”. It can be read as a powerful intervention in the public sphere that aims to build another archive in relation to the life and death of her brother Ricardo, known by his montonero war name as El Pato. This article focuses on the representations that the brothers have about the militancy of the 70s. The question that challenges us is whether it is possible to speak in this case of a differential perspective on the record of what Elizabeth Jelin has called familism in the struggles for the legitimacy of the speech. Is it possible for the brothers to deconstruct the archives that human rights organizations and the memories of the militancy have been building in Argentina, to offer new knowledge?

Keywords: Dictatorship – Archive – Memory – Brothers

¹ **Susana Rosano** es máster y doctora en literatura iberoamericana por la Universidad de Pittsburgh y profesora honoraria de la Universidad Nacional de Rosario. Es autora del libro “Rostros y máscaras de Eva Perón. Imaginario populista y representación”, y de numerosos artículos, capítulos de libros y dossier sobre literatura, política y memoria.

² Agradezco profundamente a Lorena Pontelli por el impulso que nuestras conversaciones tuvieron para pensar estas cuestiones sobre la constitución de un archivo otro en la lectura que realiza Cristina Zuker sobre la vida de su hermano Ricardo. También por su lectura, sus palabras de aliento.

El tren de la victoria, el libro de Cristina Zuker que lleva por subtítulo precisamente “Una saga familiar”, puede ser leído como una intervención potente en la esfera pública que tiene la intención de construir un archivo otro, otro archivo, en relación con la vida y muerte de su hermano Ricardo, conocido por su nombre de guerra montonero como el Pato. Con la potencia del gesto, la autora logra convertir su dramática historia de vida (la de su hermano, pero asimismo la suya propia; la de sus padres, el actor Marcos Zuker y Silvia López, y también la de Marta Liberman, compañera del Pato, y su hijita Ana Victoria, la Pitoca) en objeto de conocimiento.

A estas alturas de los estudios sobre memoria y derechos humanos en Argentina, es lícito subrayar la importancia que tiene cómo se recuerda el pasado, quién lo recuerda, cuáles son las narrativas que se legitiman en el espacio social y político, y cuáles quedan olvidadas. Y cuando pensamos en la lectura que los hermanos hacen de esa larga temporalidad de la memoria, que ha estado centrada en nuestro país en la figura de las madres y abuelas, creo que se puede relacionar este aspecto a lo que Jacques Derrida sugiere cuando propone desarmar el archivo. La mirada de los hermanos puede entonces someterlo a la deconstrucción, reorientar su apertura al porvenir, vincular el saber y la memoria a la promesa, en este caso de un nuevo conocimiento (Derrida 41-80).

Desde aquí, este artículo se propone indagar en la novedad del vínculo fraterno que ofrece el relato de Cristina Zuker: como hermana de un desaparecido, en la búsqueda de información, en la peripecia de conocimiento a la que la arroja su investigación. Y cuando me refiero a la búsqueda que relata *El tren de la victoria*, estoy pensando no solamente en la pesquisa de la información que permita a Cristina saber qué pasó finalmente con su hermano en sus últimos días de vida, después de que lo detienen en Buenos Aires en febrero de 1980, qué pasó con su cuerpo, dónde está, sino también en la diferencia, en esta nueva afección que implica la relación entre el cuerpo de la hermana con el del desaparecido. Me pregunto también qué

apertura instaure este libro, publicado en 2003 y reeditado en 2010, en un país como la Argentina donde el discurso de los derechos humanos se configuró sobre la figura de las madres y las abuelas, en un gesto que de alguna manera reinscribe el relato paternalista que Derrida descubre en la constitución misma del archivo.

El Pato Varieté

“O sea, yo pienso que si él no hubiera desaparecido, yo hubiese tenido otra vida” (Teubal y otros 15). Esta afirmación corre por cuenta de la hermana de un desaparecido en un estudio que realizaron sociólogos de la UBA en 2007. Sin embargo, creo que sirve cabalmente para sintetizar la historia de vida de Cristina Zuker después de leer las casi trescientas páginas del libro. Ocho años mayor que su único hermano, el dibujo de la vida de Cristina se sedimenta, se solidifica, en el lapso transcurrido entre el nacimiento de Ricardo, el 24 de febrero de 1955, y su desaparición definitiva, el 29 de febrero de 1980. Es, en ese momento, de acuerdo con los testimonios recabados, cuando el Pato Varieté, recién arribado a la Argentina en el segundo envío de la Contraofensiva montonera, cae en manos de integrantes del batallón 601 en el barrio de Once, en Buenos Aires, y desaparece para siempre. Y es en ese momento donde de alguna manera la vida de Cristina se detiene.³

Con fama de jetón y tan solo 25 años cuando lo desaparecen junto a su mujer Marta Liberman en febrero de 1980, Ricardo había participado en la creación de la UES en 1973, y un año después ya estaba encuadrado en

³ En 2010 se publica la segunda edición de *El tren de la victoria*, con algunos cambios a los que me voy a referir más adelante. Al final de esta segunda edición, la autora reconoce tener cáncer de pulmón. Cuatro años después, en 2014, Cristina Zuker se suicida. En la entrevista que le realiza en 2005 Vera Carnovale para Memoria abierta, que consultamos al escribir este artículo, se la ve como una mujer muy frágil. Reconoce allí haber pasado por varios períodos depresivos, que incluyeron dos intentos de suicidio. La primera vez, a su retorno a la Argentina después de la muerte repentina de su madre en San Pablo, de un ataque cardíaco y dos días después de haber llegado juntas para visitar al Pato, que ya estaba exiliado allí. Define también como devastador su exilio en Madrid. “Llegué muy desvalida, muy débil. Yo iba por la calle llorando. Perder a mi hermano fue un verdadero desastre para mí: yo lo amaba”, afirma, para subrayar que “el exilio era un campo de cadáveres”.

Montoneros. Cristina no va a poder desprenderse durante todo el transcurso del relato del resplandor de sus enormes ojos verdes y del recuerdo persistente del miedo a estar solo que ella reconoce que su adorado hermanito arrastró durante toda su vida. Es un dato importante en este sentido que el primer capítulo del libro lleve por título “El nacimiento”, y que sea precisamente la fecha de este acontecimiento y los recuerdos en torno a lo sucedido la noche anterior al parto de su madre lo que dé inicio al relato.

Para construir el archivo sobre el que se despliega su libro, Cristina Zuker echa mano a materiales diversos, entre ellos la voluminosa carpeta con cartas y papeles que Ricardo le entrega en Altea, sur de España, en los últimos días de diciembre de 1979, en un gesto que a todas luces tiene los condimentos de una despedida. Pero hay algo más aquí que una despedida. Se puede pensar este momento como escena de archivación: el momento en que el hermano le entrega su propio archivo. ¿Qué significa ese gesto? ¿Hay aquí un mandato de recordar o es otro tipo de orden la que se da? Si el archivo es siempre ley ¿qué le ordena el Pato a su hermana en esa escena de archivación? ¿Qué puede ordenar su hermana de esa historia? Acto seguido Cristina se vuelve la guardiana, la arconte, de esos papeles. Cabría acá preguntarnos por el sentido por el cual guardó en primer lugar el Pato estos papeles, y qué puede entonces hacer Cristina con eso. Aparece aquí también el problema de la herencia y sus implicancias.

“Te pido por favor que la cuides mucho [a la carpeta] porque acá está casi toda mi vida, me dijo con la solemnidad que la ocasión requería” (Zuker 2003 155). En esa carpeta estaban las fotos familiares y todas las cartas que Ricardo recibió desde su partida al exilio hasta esos días del último encuentro, incluidas las que su madre le había escrito antes de su muerte en San Pablo. Pero además de papeles, la carpeta tenía banderines de Defensores y San Lorenzo de Almagro, a los que Marta Liberman agregó algunas fotos de su hija Ana Victoria desde que era muy chiquita.

Podríamos pensar acá al archivo suplantando al cuerpo. Significativo porque, como ya se sabe, son los familiares, y no el propio desaparecido, los encargados de recopilar materiales y documentos para constituir un archivo. En este caso es el Pato el que impone un archivo y es la hermana quien debe hacer un trabajo de selección e interpretación del material. El gesto de otorgar un archivo armado cancela la posibilidad de una voz para la hermana.

Es interesante rescatar acá el gesto de Ricardo en tanto mandato de escritura. Entregar a su hermana la carpeta de apuntes personales que aspiraba a convertir alguna vez en libro (67), además de las cartas y fotos, permite leer una transferencia del deseo de escritura, un legado. El adiós premonitorio de alguien que sabe que puede morir, que va a morir, y quiere transformar su vida en relato. Pero para poder ejecutar el deseo de su hermano, Cristina necesita que transcurra el tiempo:

El miedo a sufrir fue postergando la decisión de revisar esos documentos, que iban a iluminar el profundo pozo de la ausencia. Cuando por fin me animé, pude recobrar su voz, a través de lo que fue escribiendo su endiablada letra en hojas de cuaderno o donde se pudiera, teniendo en cuenta el amenazador escenario que eligió para empezar a contar la historia de su vida.

Además del esfuerzo de descifrar su caligrafía, me vi obligada a confrontar esos textos con mis propios recuerdos de ese pedazo de vida, *cuando de verdad Ricardo se me empezó a morir* (Zuker 2003 155, énfasis mío).

El archivo que la autora construye para poder escribir *El tren de la victoria*, esta historia de vida y de muerte de Ricardo Zuker, a caballo entre la biografía y el testimonio, va a incorporar a esos papeles, cartas y apuntes una serie de entrevistas posteriores a la desaparición que Cristina realiza a sobrevivientes, tanto en Argentina como en España. De esta manera, entre algunos pocos otros, desfilan los relatos de Elio Vitali; Dani Korenfeld, el Turco, y Betty, su mujer; Daniel Schiavi, el Nusi; Osvaldo Nemirovski, el Zeta; Carlos García Blaya; Eduardo Epzteyn, el Nabo; Willi Villalobos; Carlos Bettini Francese, el Corto; Eduardo Gluj, Silvia Tochinsky, Vicki Kornblihtt; además

de las entrevistas a los dirigentes montoneros Mario Firmenich y Roberto Perdía, y a Fito, que estuvo con Ricardo en el entrenamiento en el Líbano, y a Alberto, dirigente montonero que se niega a volver por segunda vez a la Argentina. Es interesante observar cómo en estos dos últimos casos, la autora preserva el apellido de sus testimoniantes en un guiño evidente que busca proteger su identidad frente al posible ajuste de cuentas de la dirigencia montonera.

Con todos estos materiales, Cristina Zuker construye un texto potente, brutal. Tomar la posta del relato que le entrega Ricardo antes de la despedida la arroja a un intento precario, difícil por casi imposible, de construir una voz propia desde un lugar descentrado, el de la hermana mayor no militante pero absoluta y amorosamente entregada a narrar la saga familiar.⁴ *El tren de la victoria* ofrece así un fresco de la época, fundamentalmente de los largos años sesenta donde “la militancia era la vida”, pero también del mundo artístico que giraba alrededor de la figura del padre de Ricardo, el famoso actor Marcos Zuker.⁵ En todo momento, la música acompaña las escenas, desde las voces de Charlie García, Sui Géneris o Nito Mestre, pero también del ya olvidado Fetiche.

El archivo imposible

La condición de hermano ha sido poco estudiada por la investigación científica y humanística, en la que prevalece la relación parento-filial como objeto de estudio. La mayor valoración cultural de este vínculo con respecto al fraterno podría deberse a que los adultos, en todas las civilizaciones, tienen mayor poder y autoridad que los niños. Son vistos y se ven a sí mismos como

⁴ En la entrevista grabada para Memoria abierta, Cristina reconoce abiertamente al respecto: “Siempre fui reticente a crearme la imagen del Perón Revolucionario”.

⁵ Las palabras fueron dichas por Débora Dricas, única hermana menor de Isaac Dricas, el Pato, para tratar de explicar cómo se vivía en los setenta a un grupo de jóvenes de la Daia. Ver al respecto el documental.

los creadores de la cultura y la sociedad, de valorizaciones, creencias y prácticas que determinan lo que se visibiliza y lo que no (Teubal y otros).

Por su lado, con el concepto de “memorias subterráneas”, Michael Pollak sostiene que el silencio colectivo de algunos grupos sobre su experiencia cumple la función de evitar el rechazo social, o de impedir culpabilizar a otras personas. En este sentido, podríamos preguntarnos si hay en el silencio de los hermanos un mandato paterno/materno que opera haciendo callar, y si este silencio no ocultaría la posibilidad de pronunciamiento de juicios-otros, diversos, en relación con esos hermanos-militantes. Pero al mismo tiempo, un intento de resguardarlos de los juicios paternos, que son siempre los de la ley. En este sentido, Pollak subraya que el silencio, a diferencia del olvido, es un modo de gestión de la identidad para reacomodar el relato a las normas de la moral corriente, además de un trabajo para superar traumas.

Posiblemente sea este el caso de los hermanos de los detenidos desaparecidos de la última dictadura militar argentina, una población que ha sido menos estudiada e historizada, en relación con otros familiares, como lo son las madres, abuelas, y aún los nietos. La posibilidad de dar o no testimonio se puede haber producido debido a diversos factores: por inhibición, por temor (a que se le vuelva en contra, por ejemplo), por incapacidad de encontrar las palabras adecuadas, o por no estar seguros de que su testimonio tenga sentido para sí o para el que lo ha de escuchar. Pero también, y asociado a esto, puede ocurrir que no haya un marco social y cultural que le haga sentir que su testimonio es significativo. Es decir que son varios los factores que explicarían en general la poca visibilidad de esta categoría de hermanos en relación con la de las madres e incluso a la de las abuelas.⁶

⁶ En una nota del *Página 12*, escrita por Victoria Ginzberg, se entrevista a 4 hermanos de detenidos desaparecidos cuya novedad es que se van a presentar al día siguiente por primera vez en la marcha del 24 de marzo de 2003, bajo una bandera propia de Hermanos. Los cuatro testimonios coinciden aquí en la necesidad de sumar una voz diferente a la que se venía escuchando en los últimos 27 años. “Con mi mamá viví una relación que me trajo mucha

Escribir la historia del Pato Zuker, hacer una pesquisa sobre su desaparición, implica para su hermana y autora de *El tren de la victoria* meterse de lleno con los relatos de la Contraofensiva montonera, en un presente de la enunciación, al principio del 2000, donde todavía este hecho no había sido investigado desde la rigurosidad historiográfica. En este sentido, el libro de Zuker ocupa un lugar singular en el archivo de los derechos humanos y presenta una voz, un punto de vista, novedoso.

Desde aquí, *El tren de la victoria* inaugura una nueva forma de preguntarse sobre la Contraofensiva, en tensión con los dos archivos más importantes que circulaban hacía más de veinte años en Argentina. Estos son el archivo nacional de la memoria, construido desde el Estado bajo el discurso de los derechos humanos, y, por otro lado, el archivo de los combatientes. Es decir: la voz de las militancias armadas, que en un gesto político evidente ofrecen a partir de mediados de la década del noventa otro punto de vista sobre los avatares del terrorismo de Estado.

Los archivos de la memoria se fueron conformando en nuestro país en respuesta a la demanda jurídica impostergable de los organismos de derechos humanos y a la necesidad de construir pruebas para los juicios alrededor de la figura del desaparecido. Es decir: la narrativa humanitaria que enmarcó la restauración democrática en 1983 tuvo como principal objetivo hacer visible la masacre perpetrada por los conductores del Proceso de Reorganización Nacional. El silenciamiento de su condición de militantes armados tiene que ver con la estrategia y la necesidad de reivindicarlos principalmente como víctimas del proceso represivo (Pittaluga). Pero desde su inicio, estos archivos nos arrojan a un lugar vacío; la inmaterialidad de la figura del desaparecido se relaciona así con un desorden constitutivo. La desaparición forzada como crimen emblemático de nuestra historia destina a los archivos un cierre que de antemano es imposible: nunca sabremos

angustia. Yo vivía la desaparición de Quique a través del dolor de mi mamá. Tenía problemas porque no podía hablar con ella de Quique”, dice aquí Cristina Sánchez.

cuánto falta saber; nunca podremos saber cómo fueron llevadas a cabo en detalle cada una de las masacres. El saber queda entonces siempre suspendido, y con ello permanece la promesa y, hasta cierto punto me animaría a decir, algún tipo de ilusión. Aunque ya sepamos (pasaron más de cuarenta y tantos años) que es casi imposible saber algo más, encontrar más cuerpos, más testimonios, más archivos sobre el exterminio, *el escándalo de la desaparición* acecha también en su carácter de promesa nunca satisfecha, pero tampoco abandonada por completo (Pontelli y Urrutia).

Desde aquí la construcción colectiva de la víctima de terrorismo de Estado, que guía el proceso de justicia y de democratización en Argentina desde la creación de la CONADEP en 1983 hasta la apertura del Archivo Nacional de la Memoria (2003), gira en torno a una búsqueda. Poder saber “cuántos son, qué ocurrió y dónde están” nos expone a un pedido por la presencia, por la materialidad, por lo *ontológico* (Pontelli y Urrutia). Esto quiere decir que el sistema represivo que implementó la dictadura nos dejó como herencia, como plantean Pontelli y Urrutia, *la necesidad de crear archivos contra el mal de archivo y contra los archivos del mal* (aquellos archivos secretos, ocultos, clasificados, la mayoría de ellos destruidos, que registran todo lo que no se sabe aún sobre lo que efectivamente sucedió). Desde 1983 estamos frente a un archivo abierto, pero a la vez, condicionado por la necesidad de establecer una política de verdad entendida como reunión de pruebas fácticas, testimonios y sentencias jurídicas. Y en este sentido la búsqueda de la verdad se entiende como reparatoria (Crenzel 53, 131, 156).

Si la figura del desaparecido como centro vacío articula la estructuración de los archivos de memoria bajo sus formas jurídicas, en el caso de los archivos de las militancias armadas su lugar lo ocupa la figura del revolucionario. Hay acá un deseo por saber “quiénes fueron” los que murieron en la lucha armada, y de esta manera se vuelve a politizar el campo a partir de mediados de la década de los 90. En este sentido, la trilogía *La*

voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, de Martín Caparrós y Eduardo Anguita, puede ser leída como un inventario de la época y un texto emblemático para la construcción del archivo de los combatientes. Publicada entre marzo de 1997 y marzo de 1998, y reeditada en 2006, corregida y ampliada a 5 tomos, rápidamente se convirtió en *best seller*, tal vez a causa de su estilo narrativo, en formato de novela de no ficción y con una historia escrita a partir de grandes generalizaciones.⁷ Caparrós y Anguita intentan sistematizar los testimonios de la experiencia militante y repolitizar a las víctimas. Sin embargo, lo significativo aquí no está en su forma de narrar sino en el impacto editorial que alimentó la voracidad de la industria cultural en permanente crecimiento gracias al género de la no-ficción.

Propongo en este artículo pensar el libro de Cristina Zuker como la posibilidad de habilitar una tercera vía para construir el archivo, en este caso la que realiza una hermana no militante para ajustar cuentas con la cúpula montonera sobre la difícil experiencia de la Contraofensiva. El Pato Varieté y su mujer Marta Libenson llegan a Buenos Aires junto a Ana Victoria a fines de marzo de 1979 para participar de la primera edición de la Contraofensiva, y retornan a Madrid aproximadamente a principios de noviembre de ese año. Después de dejar a la niña en la guardería montonera La casita de caramelo en La Habana se suman al segundo envío, y caen en manos del Batallón 601 a poco de llegar a Buenos Aires, el 27 de febrero de 1980.

Las voces de los combatientes

La Contraofensiva fue una estrategia propagandística, política y militar que decidió organizar luego de dos años de exilio la conducción de Montoneros bajo el pronóstico de un aumento de la conflictividad sindical para 1979 en Argentina. Para ello se dispuso la entrada clandestina de militantes desde el extranjero, para que realizaran atentados y acciones de

⁷ Para una discusión sobre las diferencias entre los dos contextos de publicación de *La voluntad* y el contrapunto de recepciones negativas (sobre todo la académica) y muy favorables de parte del público lector no especializado ver Castro, 2012.

propaganda en el país. Entre 1979 y 1980, más de doscientos montoneros ingresaron en secreto a la Argentina desde el exilio con el objetivo de alimentar el descontento social que suponían existía con el régimen militar que gobernaba desde el golpe Estado de 1976. Aunque las cifras son difíciles de precisar debido a la destrucción de muchos archivos de la dictadura y al tiempo transcurrido, se cree que cerca de noventa de ellos fueron finalmente asesinados y desaparecidos en la clandestinidad.⁸

Los grupos de propaganda se nuclearon en las Tropas Especiales de Agitación (TEA), que tuvieron la misión de producir interferencias en las señales de televisión controladas por la censura del régimen. Con un aparato de fabricación propia que interrumpía la programación televisiva, los comunicados tenían por objetivo dar fe de la presencia en Argentina de los Montoneros, a los que la dictadura había dado por desarticulada frente a la opinión pública. Las Tropas Especiales de Infantería (TEI) coordinaban una serie de atentados contra funcionarios de la cartera económica del régimen. Según el análisis que hacía la cúpula de Montoneros desde el exilio, la política económica llevada a cabo por el ministro José Alfredo Martínez de Hoz era el aspecto más conflictivo al interior de la cúpula gobernante. Y también la causa de su mayor impopularidad frente a la sociedad. Por esto, la realización de acciones violentas contra algunas de las principales figuras del plan económico se presentaba como la posibilidad concreta de desequilibrar al gobierno y lograr que los Montoneros recuperaran legitimidad social. De esta manera, pretendían recrear en condiciones de laboratorio una movilización popular de la envergadura del Rodrigazo, pero con un aditamento que no había existido en 1975: el apoyo militar de las organizaciones armadas (Gillespie 317-321).

La tercera sección de la Contraofensiva estuvo conformada por dirigentes del Movimiento Peronista Montonero (MPM) que se había

⁸ La cifra la establece Hernán Confino en su reciente libro *La contraofensiva: El final de Montoneros* (p. 15)

formalizado en Italia en 1979, y que regresaron a la Argentina con el objetivo de contactarse con otras fuerzas políticas para articular estrategias comunes contra la dictadura. Sin embargo, y más allá de sus intenciones grandilocuentes, la Contraofensiva no alcanzó los resultados pronosticados y, como plantea Hernán Confino, además de ser el escenario de las dos últimas disidencias que padeció Montoneros, acabó sellando de una forma trágica el final de su proyecto político.⁹ Tuvieron que pasar varias décadas para que desde los protocolos de la historiografía se estudiara académicamente esta última estrategia político-militar de Montoneros. En un principio, los abordajes quedaron a cargo del periodismo y las memorias testimoniales.

Al referirnos al éxito editorial de *La voluntad*, de Caparrós y Anguita, se afirmó que se constata desde fines de los años 90 un auge de la narrativa histórica sobre los 70, convertida en *boom* editorial. Se trata de la emergencia de un conjunto de historias en las que es muy difícil delimitar una frontera estable entre el periodismo de investigación, la novela histórica, la memoria militante y la historiografía académica, aunque de alguna manera todas contribuyen a edificar un sentido común histórico. Tras las movilizaciones de diciembre de 2001, esta peculiar necesidad de conocer la historia de los setenta fue apropiada por los nuevos movimientos sociales que surgieron al calor de la protesta en los primeros meses de 2002. El gobierno de Néstor Kirchner inaugura un nuevo escenario, donde las banderas históricas de las organizaciones de derechos humanos, el “juicio y castigo a los represores” y la derogación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida se convierten

⁹ Confino sostiene que la comprensión de la Contraofensiva como un suceso histórico se dificulta si se la define como una excepcionalidad o un desatino, “una locura”, “un suicidio”, “una aventura mesiánica” o una “deriva militarista”. En este sentido, su libro propone interpretar la singularidad de la estrategia montonera no tanto por la forma que esta adquirió. Subraya desde aquí que en ese período histórico el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile ideó una estrategia muy similar para oponerse a la dictadura de Augusto Pinochet, a la que bautizaron como “Operación Retorno”. Para Confino, la singularidad de la Contraofensiva descansa entonces en el contexto en que fue pensada, el exilio orgánico, y en que terminó siendo la última acción de Montoneros antes de su desarticulación como fuerza política. Ver para esto *La contraofensiva: el final de Montoneros*.

en políticas de Estado. De ese modo, una parte de la memoria subalterna fue incorporada al discurso del kirchnerismo, junto a la verdad y la justicia como palabras claves. En este contexto, los combates por la memoria se pusieron de moda, difundidos por el marketing editorial y apropiados por el discurso oficial (Campos 96).

El tren de la victoria se publica en 2003, cuatro meses después de que el juez federal Claudio Bonadío ordenara el arresto de Mario Firmenich, Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja, los tres únicos sobrevivientes de la conducción de Montoneros, por considerarlos partícipes necesarios de la desaparición de quince militantes durante la segunda Contraofensiva de 1980, entre los que se encontraba Ricardo Zuker.¹⁰

Dos años después se publica *Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la contraofensiva montonera del 79*. Su autor, Eduardo Astiz, es un militante montonero que participó de la primera edición y formalizó su ruptura con la agrupación en 1980, al seguir los pasos de Miguel Bonasso, Pedro Orgambide y Ernesto Jauretche. Este libro comparte la misma estrategia discursiva binaria amigo/enemigo, heroísmo/traición de *Recuerdos de la muerte*, de Miguel Bonasso, y puede ser ubicado también en lo que llamamos los archivos de los combatientes.

En 2006, el periodista e historiador Marcelo Larraquy publica *Fuimos soldados. Historia de la contraofensiva montonera* en el que una vez más “la trama descansa en la fascinación estética por la situación límite de la guerrilla

¹⁰ En el capítulo que lleva por título “El duelo” Cristina Zuker incluye fragmentos de la entrevista que le realizó en Barcelona en 1998 a Silvia Tochinsky, que fue liberada tras permanecer dos años desaparecida. A través de su testimonio ante la Secretaría de Derechos Humanos, Cristina se entera de que su hermano siguió vivo hasta diciembre de 1980 en el Campito, que funcionaba detrás de los muros de Campo de Mayo. Tochinsky fue la única sobreviviente, y su declaración constituyó la columna vertebral de la causa 6859 que llevaba adelante en 2003 el juez Bonadío (Zuker 2003 220). Posteriormente, la detención de los tres excomandantes montoneros fue revocada y la causa pasó, luego de la recusación de Bonadío, a manos del juez Ariel Lijo, que entre 2007 y 2012 condenó a diez imputados en dos causas diferentes (Confinó 44). Para ver en detalle las peripecias de la causa Bonadío, y la posterior causa del juez Ariel Lijo en relación con el juicio por la Contraofensiva ver el capítulo que Cristina Zuker agrega a la edición de *El tren de la victoria* en 2010, y que lleva por título “Treinta años después” (Zuker 2010 299-333).

acorrallada, antes que en el rigor de la pesquisa histórica” (Campos 107). Por otra parte, y bajo la forma de no-ficciones, se construyeron en relación con la Contraofensiva tramas épicas de estilo cinematográfico a partir de una sólida documentación, que abrevaron en la estetización de la política revolucionaria y en el abordaje de los proyectos colectivos. Entre ellos, la serie *9 mm. crímenes a medida de la historia*, dirigida por Ulises Rosell, que dedica dos capítulos a la Contraofensiva y cuyo guión fue escrito por Marcelo Larraquy (2007). También las películas *Infancia clandestina*, de Benjamín Ávila (2011), *La guardería*, de Virginia Croatto (2015) y *Tropas especiales de agitación*, de Julián Seijas (2018).

Una conversación complicadísima

El hecho de que el texto de Cristina Zuker aparezca en las vidrieras de las librerías en el momento en que la Contraofensiva tomaba un cierto estado público a raíz de la nueva política de derechos humanos de Néstor Kirchner tiene sin dudas consecuencias. A partir de testimonios de primera mano, la autora quiere comprender los motivos por los cuales su hermano se enrola en la Contraofensiva, y de paso hacer un ajuste de cuentas con la dirigencia de Montoneros. En este sentido, el título del libro reproduce las palabras con las que Roberto Cirilo Perdía, el número dos de la conducción montonera, reclutaba militantes para ingresar clandestinamente al país. No debían perder, les decía, “el tren de la victoria”.

La propia Cristina recuerda los pormenores de la reunión a fines de enero de 1979, donde Perdía reclutaba voluntarios en la nutrida concurrencia de exiliados en Madrid. El plan triunfal de la Contraofensiva popular, dice, había sido recientemente delineado por la conducción montonera en una villa en las afueras de Roma (Zuker 2003 109). Sin tomar ninguna precaución ante los servicios de inteligencia que a todas luces se sabía estaban infiltrados en las colonias del exilio, un asistente a la reunión de Madrid recogía en una bolsa los papелitos con los nombres de los voluntarios para el regreso

clandestino a la Argentina. Horacio Verbitsky, que prologa las dos ediciones del libro, anticipa ya una de las principales intenciones que embarga a la hermana del Pato Zuker en su empresa de escritura:

Esta seria investigación es un libro político que se volverá indispensable para el debate sobre aquellos años. Comprende recuerdos personales, entrevistas con sobrevivientes y cotejos de ambos con documentos. También bucea con inusual profundidad en las motivaciones de *quienes sacrificaron sus vidas en aras de un proyecto político en el que habían dejado de creer*. De este modo, *arroja dudas mejor fundadas que las de Bonadío, pero de otra índole, sobre el rol que le cupo a la conducción que ideó la Contraofensiva. Su ínfimo nivel intelectual pero alta capacidad de extorsión moral queda en evidencia en forma más difícil de apelar que la decisión del juez*. (Zuker 2003 8, énfasis mío)¹¹

La necesidad de comprender pero también la de hacer un ajuste de cuentas con la conducción de Montoneros impulsa a Cristina Zuker a intentar construir un archivo propio, desviado tanto de los archivos humanitarios como de los contra-archivos combatientes. Tal vez lo más propio de su archivo, del archivo de una hermana, sea este ajuste de cuentas con los responsables políticos del Pato. Si hay algo propio entonces en esta voz de hermana tiene que ver con dinamitar esa oposición binaria y simplista entre héroe y traidor, hacer volar por los aires el estigma de la traición y el mito del mandato sacrificial, tal cual los trabaja Ana Longoni en *Traiciones*.

Propongo entonces como hipótesis de lectura que el impulso que guía la construcción de este archivo propio de hermana es descentrar precisamente a la figura de Mario Firmenich en tanto número uno de la conducción. En el libro, el relato del encuentro entre Cristina y el número uno de la conducción montonera ocupa gran parte del penúltimo capítulo que lleva por título “El duelo” y despliega poco más de veinte páginas. La

¹¹ En la segunda parte de la entrevista que Vera Carnovale le realiza para Memoria Abierta el 6 de septiembre de 2005, Cristina Zuker coincide con estas palabras de Verbitsky en relación con el precario nivel intelectual de Mario Firmenich y Roberto Cirilo Perdía. Asegura también que en la nueva investigación que estaba llevando adelante en ese momento, “muchos dicen que [Firmenich] era un tonto”.

autora comienza refiriendo allí los dos viajes que realizó a España, apesillada por el deseo de “saber más” sobre los últimos días de su hermano Ricardo, y después de su retorno definitivo del exilio en 1984. En el primer viaje, en 1998, entrevista en Barcelona a Silvia Tochinsky. Y en el segundo, en 2002, además de la “repatriación” de su hija Flor, su misión principal era encontrarse con Mario Eduardo Firmenich, “el que fue comandante del ejército montonero hasta que se quedó sin tropa” (Zuker 2003 221). Confiaba todavía en ese momento en que el dirigente le diera algún tipo de información sobre la última etapa de la vida de Ricardo, y acaso poder reconstruir su caída. Además, Cristina Zuker quería hablar con su hijo Mario Javier, que nació en cautiverio en 1976, sobre los cinco años en que había sido compañero de banco de Ana Victoria Libenson en el Colegio Nacional de Buenos Aires.¹²

Sin embargo, las palabras de Mario Eduardo Firmenich al teléfono dejan en claro desde el principio la imposibilidad del diálogo. El dirigente le asegura que no va a contestar nada en relación con la causa Bonadío, pero además le arroja que ella debía sufrir “ilusiones ópticas” si pensaba que él estaba en condiciones de contarle algo del Pato que ella no supiera. La carcajada con que cierra la conversación telefónica (que a Cristina le suena “demasiado hueca”) es toda una metáfora de esa imposibilidad.

Previa a la charla con Firmenich, la autora se había reunido en Buenos Aires con el número 2 de los Montoneros, Roberto Cirilo Perdía, que dice tener “una nebulosa” respecto del tema de su hermano, y tampoco se acuerda de haber hablado del *tren de la victoria* en el reclutamiento de Madrid. Firmenich no se acuerda tampoco del Pato Zuker, pero hace un esfuerzo y sí lo vislumbra en el entrenamiento en el Líbano, como un soldado. “Imposible

¹² La discusión sobre los pormenores de la historia de Ana Victoria Libenson y las consecuencias no deseadas de su trágica vida y muerte, a los 20 años de cáncer de lengua, merece otro artículo. Es sin lugar a dudas una de las más dramáticas en relación con los tremendos sufrimientos que padecieron muchos niños hijos de militantes, exiliados y separados de sus padres. En *El tren de la victoria*, Cristina Zuker dedica el último capítulo del libro a contar los entretelones de la disputa familiar, una vez que sus abuelos maternos la van a buscar en La Habana a la guardería la Casita de Caramelo, después de la desaparición de Ricardo y su mamá, Marta Libenson en febrero de 1980. Ver Zuker 2003 245-281.

que lo pudiera recordar como un ser humano”, razona Cristina frente a las cámaras en la entrevista para Memoria Abierta, es decir: como a un hermano. Allí, asegura que la conversación con el líder montonero le resultó “complicadísima”: “No se bajó del caballo en ningún momento. Fue muy difícil sostener la charla cuando él defendía los buenos resultados de la Contraofensiva”. En este sentido, afirma que “la necesidad” del dirigente montonero representó un gran obstáculo en su búsqueda por algún tipo de información que la ayudara a entender lo que había pasado con su hermano.

El encuentro con Firmenich se realizó el 26 de diciembre de 2002 en la casa de Vilanova i la Geltrú, un pueblo bucólico de la costa catalana donde el dirigente vive hasta hoy con su familia y se gana la vida como profesor de Economía en la Universidad Central de Barcelona. Lo primero que llama la atención de Cristina al ser recibida en la casa por su mujer María Elpidia y sus cuatro hijos varones (la hija mayor y única mujer, María Inés, se encontraba en ese momento becada en La Habana estudiando Sociología) son las dimensiones del enorme pesebre navideño. Como con la magdalena proustiana, al ver la figura de los tres Reyes Magos rodeando al Niño Jesús, Cristina Zuker se acuerda de que el comandante montonero había empezado a militar en la Juventud Estudiantil Católica con el padre Carlos Mugica. Y de allí su memoria se detiene en una foto que azarosamente había llegado a sus manos, donde el capellán del ejército montonero, el padre Jorge Adur, casaba a Ricardo Zuker y a Marta Libenson “poco antes de ir camino a la muerte” (Zuker 2003: 224), en la Contraofensiva.¹³ La foto le trae recuerdos de otra foto, la del *briss* de Ricardo donde esa vez la imagen de un rabino tapa los cuadritos que estaban en el comedor de su casa materna. Pero en la foto del casamiento en Madrid, la vida futura no parece estar asegurada:

¹³ Esta foto del casamiento en Madrid no aparece publicada en ninguna de las dos ediciones del libro. En su lugar, hay otra, que se repite en ambas ediciones. Allí aparecen el padre Jorge Adur junto a Marta y Ricardo, que tiene en sus manos una pelota de goma, y otra persona más que no sabemos quién es. El pie de foto dice: “Ceremonia clandestina del casamiento de Marta y Ricardo. Junto a Marta, el padre Jorge Adur, capellán del Ejército Montonero”.

En estas imágenes los que rodean a la pareja, incluido el sacerdote, visten el uniforme montonero: camisa celeste, pantalón azul marino y chaqueta de cuero negro, con las correspondientes insignias de grado, prendas que habían sido adquiridas, salvo las insignias, en El Corte Inglés. *Todos aparecen en posición de firmes, según la jerga militar, y de sus rostros trasciende un inequívoco fervor místico.* Las persianas y las cortinas cerradas contribuyen a que la escasa luminosidad de las fotos *parezca anunciar la catástrofe inminente.* Ninguno de los que en ella aparece está vivo para recordar esas bodas. Tampoco Ana Victoria, que sigue las distintas escenas con ojos asustados y tristes. (Zuker 2003 224, énfasis mío)

Si me detengo en esta escena es porque considero que condensa en una forma magistral la imposibilidad que tiene Cristina Zuker de entablar un diálogo, una conversación, con el máximo dirigente montonero. La respuesta de Firmenich cuando Zuker le pregunta si la Contraofensiva no fue una empresa suicida deja ver no solo el gesto cínico, sino también su absoluta ignorancia sobre los hechos: “En la Contraofensiva no murieron más de veinte o veintidós compañeros” (Zuker 2003 227). Es de por sí relevante tener en cuenta que al momento de la entrevista, a fines del 2002, los datos minuciosos del Equipo de Antropología Forense coincidían con los consignados en la causa Bonadío, y contabilizaban aproximadamente ochenta muertos.

La máscara que Firmenich se ha construido para no enfrentar ningún tipo de responsabilidad por las consecuencias de la Contraofensiva encuentra aquí un límite infranqueable. Como decíamos, el archivo cimentado sobre el heroísmo de los combatientes articula una memoria épica de los años 70. Y por otro lado expande una cierta y siempre fracasada intención de los tres sobrevivientes de la dirigencia montonera de reinsertar su discurso en la política argentina. Desde aquí, cualquier posibilidad de diálogo se torna imposible. No existe ningún indicio que permita ver algún mínimo interés de los dirigentes montoneros por brindar información sobre el destino de los combatientes que encontraron la muerte en la

Contraofensiva. Parecen no recordar que aquellos ochenta muertos y desaparecidos habían regresado en 1979 y 1980 a la Argentina siguiendo los lineamientos que, desde una rígida estructura militarizada, bajaban los dirigentes a sus tropas.

Y es desde aquí que para poder comprender, aunque sea fragmentariamente lo que pasó con su hermano, Cristina Zuker intenta la construcción de otro archivo. A sabiendas de su precariedad y desde el mal de archivo del que habla Derrida, la escritura de *El tren de la victoria* trabaja por dar forma a una voz imposible de blindar, inestable, que se cimenta desde la intemperie.

El grito de Antígona

Propongo entonces leer este libro como un grito, el de una hermana que, amordazada y asediada por la existencia de dos archivos incompletos (el humanitario, y también el combatiente) convierte finalmente su voz en grito, para interpelar un pedazo violento de la historia argentina en busca de algún tipo de respuesta, aunque a sabiendas de su precariedad.

La referencia a la familia tradicional fue el centro de la discursividad de la dictadura, que consideraba “indisolubles” los lazos familiares. Y en este sentido la metáfora de la familia fue utilizada como un todo para la nación. Desde una perspectiva donde la autoridad paterna era el eje y la obediencia de los hijos hacia los padres un valor fundamental, la misión de los dictadores era proteger a la célula-familia de la infección externa. Desde aquí, la irrupción de los llamados “subversivos” implicó no solo la construcción de un enemigo para la Nación, como la piensa Marina Franco en su libro de 2012 que lleva precisamente este título sino que significó también un virus que la infectaba.

Los perpetradores avasallaron y destruyeron con su vorágine de violencia la vida familiar. La gran paradoja en este sentido fue que el lenguaje y la imagen de familia por un lado constituyeron la metáfora central del

Proceso de Reorganización Nacional, pero al mismo tiempo también lo fueron del discurso y las prácticas de los movimientos de derechos humanos que desde 1977 comenzaron su lucha contra la dictadura. En este sentido, la imagen paradigmática es la de las Madres de Plaza de Mayo que con sus pañuelos-pañales en la cabeza dejan el ámbito *natural* de su vida familiar para invadir la esfera pública en busca de su hijo-hija secuestrado y desaparecido. Elizabeth Jelin se pregunta por qué madres y no padres, y en este sentido sostiene que ser madre otorga más seguridad frente al terror ya que todos, incluso los militares, respetan la maternidad como algo sagrado.¹⁴ Además, los padres debían seguir trabajando para mantener económicamente los hogares y de esta manera sostener el relato de la familia patriarcal.

Pero más allá de estas argumentaciones en conflicto, ambas partes, los integrantes de la dictadura pero también los de los movimientos de derechos humanos, consolidan sus discursos desde una clave familiar cimentada en lazos biológicos, naturales y cercanos. Jelin advierte sobre los límites de este familismo público y privado, que se puede ver en la constitución de los bancos genéticos para la búsqueda de los nietos desaparecidos, donde la prueba definitiva de la verdad descansa en los resultados de los exámenes de ADN, en la genética, en la biología y en la sangre. Al reforzar el peso de la biología se podría llegar a restringir los mecanismos de ampliación de la responsabilidad social (Jelin 194).

Si pensamos justamente en el peso cultural del familismo, es interesante detenerse a analizar los cambios que Cristina Zuker realiza para la segunda edición del libro. En la primera, el subtítulo hablaba de “una saga familiar”; en la edición de Nuevo Extremo de 2010 establece “La saga de los Zuker”. Es decir: la historia que estamos leyendo no es la de cualquier familia, sino la de la familia que se cimentó sobre la figura central y patrilineal de los

¹⁴ La propia Jelin reconoce que la realidad desmintió prontamente este argumento ya que en diciembre de 1977 desaparecen varias de las Madres. Y, por otra parte, no todas las Madres eran amas de casa como la imagen popular las cristalizó (Jelin 183).

Zuker. Además, se agrega a la segunda edición una dedicatoria: “Para Flor, la luz de mis ojos”, destinada a su hija.

Los ocho capítulos se conservan con títulos y estructuras casi idénticas, salvo la modificación de alguna palabra, aunque en la segunda edición están enumerados con números romanos, y Zuker suma un último capítulo, el IX, titulado “Treinta años después”. Agrega allí dos nuevos testimonios, los del Lolo y una mujer que no quiere dar su nombre a conocer, que se comunican con ella como efecto de la publicación del libro en 2003. Ambos tienen mucho para contar. Además, en este nuevo y último capítulo se relatan minuciosamente los pormenores del juicio de la causa de la Contraofensiva que llevó adelante el juez federal Claudio Bonadío y posteriormente pasó a manos del juez Ariel Lijo.

Pero tal vez el detalle más interesante para pensar esta cuestión del familismo lo constituya la reestructuración que Zuker realiza de las fotografías. En la primera edición se encontraban todas juntas agrupadas en la parte central del libro, entre las páginas 128 y 129. En la segunda, las fotografías se agrandan y se redistribuyen en los diferentes capítulos, relacionándolas con las historias que se relatan en cada uno de ellos. En el capítulo VIII, “La pitoca”, se agrega una foto de Ana Victoria en la guardería en la Habana. Es la única fotografía que se suma en relación con la primera edición, pero cuatro imágenes que estaban en la primera edición han sido en esta segunda suprimidas.

Lo más elocuente en esta segunda edición es que la imponente fotografía de “Los Zuker” aparece agrandada al tamaño de la página, al final del capítulo I, “El nacimiento”, y como presentación del capítulo II que se titula justamente “Los Zuker”. Se trata de un típico retrato en blanco y negro de una familia de inmigrantes judíos de fines del siglo XIX: en el centro, parada, está María, y a su lado, sentado, Jacobo Zuker, el abuelo de Cristina y Ricardo. Marcos Zuker está sentado al lado de su padre y apoya su mano en su rodilla.

Además, en la segunda edición del libro se han quitado significativamente tres fotografías que ilustraban pormenores de la familia materna: la de los cuatro hermanos López; otra de Cristina con su abuela materna, doña Ana, y finalmente un retrato de Silvia López, la madre, en su juventud. La supresión de estas fotos hace más compacto el relato que se cuenta visualmente en esta segunda edición de *El tren de la victoria*. Su centralidad apunta al vínculo patrilineal: el abuelo inmigrante, Jacobo Zuker; Marcos Zuker, el padre, Ricardo Zuker, el hijo. Tres generaciones masculinas que construyen la saga familia.

Pero, más allá del relato familiar paternalista, la historia del Pato Zuker impulsa a Cristina al lugar de Antígona, la heroína dramática que desobedece el poder de Creonte para poder sepultar a su hermano. En su lectura, Judith Butler (15-43) quiere hacer de Antígona un modelo político como figura femenina que desafiaba al Estado y que plantea cuestiones que son centrales al parentesco en tanto precondition de lo humano. Nacida de una forma incestuosa (es hija de Edipo y Yocasta), Antígona se resiste a cumplir las órdenes de Creonte y asegura que “No era un siervo sino un hermano el que moría”. Es muy reveladora la torsión que le da en nuestro país Griselda Gambaro, cuando en *Antígona furiosa* (1986), la vincula con las Madres de Plaza de Mayo, desde una lectura que pone énfasis en el imperativo ético de la desobediencia civil, en el hecho de que la heroína de Sófocles no acata las leyes creadas por los hombres.

Pero Antígona no es una madre, nunca será madre; es solamente una hermana-hija de Edipo y de Polinices. Interroguemos esta premisa de la mano de Judith Butler:

Deberíamos preguntarnos qué es lo que aquí permanece impronunciable (...) para preguntarnos sobre la convergencia entre la prohibición estatal y la melancolía, sobre cómo las condenas sobre las que una persona vive se convierten en repudias que una representa, y cómo las penas que surgen contra la legislación pública constituyen también esfuerzos contradictorios dirigidos a superar la rabia callada de las repudias a una misma. Enfrentándonos a lo impronunciable en Antígona, ¿estamos

enfrentándonos a la apertura socialmente instituida de un juicio de lo inteligible, a una melancolía socialmente instituida de un juicio de lo inteligible, a una melancolía socialmente instituida en la que la vida no inteligible surge del lenguaje al igual que un cuerpo vivo puede ser enterrado en una tumba? (Butler 108)

Lo impronunciable en el relato de Cristina Zuker, su grito, desarma el archivo, lo convierte en imposible y habla a las claras de la necesidad de crear nuevos archivos contra el mal de archivo. *El tren de la victoria* arrastra en sus casi 300 páginas el grito incesante de una hermana pero no logra, finalmente, consolidar una alternativa al archivo de la militancia. Ser la guardiana del archivo del Pato Zuker, su soporte, la melancoliza y clausura su voz en el grito agónico. Archivo imposible, archivo que no cierra; vacío instituyente, constitutivo, en una historia que se cuenta esta vez desde un lugar otro, en desvío. No existe aquí cierre posible, no hay cura, no hay sutura. Tampoco una posibilidad cierta de conocimiento. La *Contraofensiva*, “una trampa mortal”, “casi suicida”, “una locura”, en *el país del nunca más*.

Bibliografía

Butler, Judith. *El grito de Antígona*. Barcelona: El Roure Editorial S.A, 2001. Traducido por Esther Oliver.

Campos, Esteban. “¿Locura, épica o tragicomedia? Las historias de la contraofensiva montonera en la era de la democracia consolidada”. *Estudios* N° 29 (Enero-Junio 2013). En línea. Fecha de acceso: 24/10/2022. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/5341/5503>

Carnovale, Vera. “Entrevista a Cristina Zuker”. 16 de agosto y 6 de septiembre de 2005. Testimonio para el Archivo de Memoria Abierta. Consultado el 17 de octubre del 2022.

Castro, María Virginia. “*La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós: ¿un libro escrito para vender?”. En línea. Fecha de acceso: 21/10/2022.

https://repositoriosdigitales.mincyt.gob.ar/vufind/Record/SEDICI_bb4f555b5eb24febe1db8312c3a2e226

Confino, Hernán. *La contraofensiva: El final de Montoneros*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021.

Crenzel, Emilio. *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

Derrida, Jacques. *Mal de archivo, una impresión freudiana*. Madrid: Trotta, 1997.

Dricas, Debora. “Testimonio de vida de Benjamín Isaac Dricas, Pato Fellini, desaparecido en 1976”. Amia Online, Proyecto EDUIOT. En línea. Fecha de acceso: 4/11/ 2022. <https://www.youtube.com/watch?v=b9IISvkMWM0>

Franco, Marina. *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y subversión. 1973-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012.

Gillespie, Richard. *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalvo, 1998.

Ginzberg, Victoria. “Madres, hijos y ahora hermanos”. *Página 12*, 23 de marzo 2003. En línea. Fecha de acceso: 25/10/2022 <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-17929-2003-03-23.html>

Jelin, Elizabeth. *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Longoni, Ana. *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2007.

Morey, Miguel. “El lugar de todos los lugares. Consideraciones sobre el archivo”. En Herráez, B y Rubira, S. (eds.). *Registros imposibles: el Mal de Archivo*. Madrid: Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, 2006, 2006.

Pittaluga, Roberto. “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)”. En Marina Franco y Florencia Levi (comp.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. (pp.48-58) Buenos Aires: Paidós, 2007.

Pollak, Michael. “Memoria, olvido, silencio”, 1989. En línea. Fecha de acceso: 1/11/2022. https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/bibliografia_web/memorias/Pollak.pdf

Pontelli, Lorena y Urrutia, Luciano. “Aparecida: Los archivos del mal y el fantasma del cuerpo de la madre”. Ponencia presentada en las I Jornadas de Teoría Política FTS-UNER, 23 y 24 de septiembre de 2022

Teubal, Ruth y otros. “El testimonio en los hermanos de desaparecidos-tíos de jóvenes apropiados: reflexiones sobre la fragilidad de la memoria”. En VV. AA. *Actas de la VII Jornadas de Sociología*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2007. En línea. Fecha de acceso: 15/10/2022. <http://www.aacademica.org/000-106/121>

Zuker, Cristina *El tren de la victoria. Una saga familiar*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2003.

---. *El tren de la victoria. La saga de los Zuker*. Buenos Aires: Del Nuevo Extremo, 2010.